Para don Eduardo Luquín,
colega y amigo, cordial-
mente.

México, julio de 1963

J. Roja González

GENARO FERNÁNDEZ MAC GREGOR
ESCRITOR E INTERNACIONALISTA

DISCURSO

de ingreso a la Academia Mexicana leído el 22 de junio de 1962

por

JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS

Contestación al anterior discurso

por

ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO, 1962

Primera edición: 1962

Derechos reservados conforme a la ley
© 1962 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria. México 20, D. F.

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

ADVERTENCIA

Desde que recibí el aviso oficial de que la Academia Mexicana me honraba designándome miembro suyo, tomé la decisión de que mi discurso de ingreso versaría sobre la persona y la obra de mi predecesor inmediato, el señor licenciado don Genaro Fernández Mac Gregor.

Un estudio más o menos completo —no quiero decir exhaustivo, que nada lo es en materia de investigación ni probablemente en otra alguna—, no era viable por diversas causas, entre otras lo desmesurado que resultaría para ser leído en acto público de la Academia, por lo cual era necesario limitarse a determinadas partes de la obra total, compendiar ciertas referencias y prescindir de muchas más.

Don Genaro Fernández Mac Gregor fue, ante todo, un jurista; lo fue por vocación, profesión y dedicación, de modo tal que bien puede afirmarse que su vida entera fue "la lucha por el derecho", en el mismo y propio sentido, o más bien en el sentido múltiple que a ese concepto da von Ihering en su precioso ensayo de igual título. Como jurista, pues, habría yo debido estudiar, principalmente, al señor Mac Gregor. Pero, tratándose, como era el caso, de un discurso oficial en la Academia de la Lengua, parecióme in-

eludible examinar primordialmente la obra literaria de don Genaro, a sabiendas de que no fue la literatura su actividad intelectual predominante. Así lo hice y por ello dos aspectos de Fernández Mac Gregor van aquí apenas apuntados: el de su propia personalidad, en cuanto respecta a su cultura, sus convicciones, sus ideales, sus juicios sobre la sociedad y especialmente sobre hechos y cosas de nuestra patria, en suma su actitud frente a los hombre y la vida, que no me atrevo a llamar su filosofía porque tal vez ese término resultara equívoco para algunos y temo que a don Genaro le parecería inadecuado o pedante; el otro aspecto, del que mucho me quedó por decir, es el ya aludido en cuanto al jurista e internacionalista y su valiosa labor al servicio de México, estudio para el que sería menester un detenido análisis de sus mútiples escritos sobre esas materias, muchos de ellos dispersos en sus artículos de prensa, que suman varios cientos, y otros más, casi desconocidos e inéditos, como son los relativos a sus dictámenes, estudios, etc., en diversas comisiones oficiales.

Por unas y otras causas hube de reducir mi trabajo al examen de las obras de Fernández Mac Gregor cuya lista va en el Apéndice de esta publicación; aun haciéndolo así, tampoco pude aprovechar totalmente las notas correspondientes, procurando evitar, como dije, un exceso que sería vituperable en esta ocasión.

Queda, pues, advertido el lector de que estas páginas no pretenden alcanzar la dimensión que su título sugiere; sólo pienso que las salva la intención que las dictó: el deseo de contribuir a que se recuerde, con

el elogio que merece, la memoria del jurista y escritor cuyo ilustre nombre las encabeza y las honra.

En cuanto al discurso del señor doctor don Antonio Gómez Robledo (que aquí va impreso, cumpliendo lo mandado por los Estatutos de la Academia), el lector percibirá que sus palabras fueron inspiradas por el afecto de una larga amistad. Yo, aquí, hago pública mi gratitud por el honor que con ellas me dispensa el Académico preclaro y por los sentimientos benévolos del amigo cordial.

Finalmente, doy las gracias a la Universidad Nacional Autónoma de México y particularmente a la Imprenta Universitaria por haberme brindado sus magníficos servicios tipográficos para la impresión de estas páginas.

México, agosto de 1962.

J. R. G.

GENARO FERNÁNDEZ MAC GREGOR

ESCRITOR E INTERNACIONALISTA

Señor Director de la Academia,
señores Académicos,
señoras y señores.

Muy honroso es para mí, señores Académicos, este acto al que me habeis llamado, para presentarme y figurar en el cuerpo de la Academia Mexicana de la Lengua Correspondiente de la Española. De alguno de vosotros he sido alumno hace no menos de treinta y cinco años, de otros lo fui más tarde, de todos me considero discípulo, pues los que no me adoctrinaron directamente desde la cátedra lo han hecho a veces con el consejo de su palabra, en actos públicos o privados, y siempre con sus escritos. Sólo por vuestra generosidad y no por méritos propios vengo hoy aquí y desde este primer momento quiero hacer público mi profundo reconocimiento por este honor, sin duda uno de los mayores para quien tiene por suya la lengua castellana y de algún modo u otro la cultiva, si no con brillo al menos con amor y respeto.

Igual ausencia de merecimientos me encuentro, si miro los de mis predecesores en el sillón de esta Academia que me habeis ofrecido. Fue el primero uno de los fundadores de esta ilustre institución, don Casimiro del Collado, santanderino radicado en México,

poeta y cuentista; le siguió don José López Portillo y Rojas, cuya obra, principalmente en el campo del cuento y la novela, lo ha puesto entre los que bien podemos considerar, nacionalmente, nuestros clásicos; a él sucedió don Juan B. Delgado, árcade de Roma, cantor de Títiro, de pulida y limpia poesía.

Finalmente ocupó este sillón el señor licenciado don Genaro Fernández Mac Gregor; de su personalidad difícilmente podría yo hacer ni retrato ni elogio cabal, porque ni mis fuerzas alcanzarían a tanto y, sobre todo, porque la mayor parte de vosotros tuvisteis el privilegio de cultivar su trato y amistad mucho más de cerca y más largamente que yo; pero, en cambio, sí me será posible referirme a su obra, aunque de modo insuficiente, apenas lo bastante para dar una idea aproximada de los varios aspectos, géneros o modalidades que en ella caben y que responden, creo yo, a las diversas fases del espíritu de su autor.

En cuatro renglones principales pueden clasificarse los libros y estudios a que aludiré en estas páginas: las obras de ficción y memorias personales; los ensayos críticos sobre letras e ideas; los ensayos de carácter biobibliográfico, es decir, sobre determinados personajes, con referencias más o menos extensas a sus obras escritas o a sus servicios públicos y, finalmente, el renglón de carácter jurídico y particularmente internacionalista, con muy frecuentes incursiones en campos de la historia. En ese mismo orden en que los he mencionado voy a referirme a cada uno de ellos.

Su obra de ficción, comprende 17 cuentos y relatos,

reunidos en dos volúmenes que vieron la luz con un largo intermedio de muchos años el uno del otro. El primero de ellos apareció en el año de 1918, con el título: *Novelas triviales.* [1] Contiene ocho narraciones, entre cuentos y relatos, algunos con un claro aire *fin de siècle* y notorias influencias del modernismo en boga; pero los mejores relatos son, acaso, estos tres: "En la orla del misterio", relato muy vívivo, de lenguaje florido y preciso; "La tragedia de un profesor", buen relato, a pesar de que en forma de soliloquio —no el monólogo interior de uso hoy tan frecuente— el autor juega con sus pastiches literarios, el relato es en el fondo irónico y está muy bien escrito; el tercero de los que yo seleccionaría lleva el título macarrónico de "Un mulus ex-machina", verdadera anécdota, no sé si tradicional o inventada por don Genaro, rebosante de ironía y buen humor, cuya lectura evoca el estilo vivaz y rápido de Salado Álvarez, lo cual no es corto elogio que Fernández Mac Gregor habría sido el primero en apreciar.

Veintiún años más tarde publicó otra pequeña serie; consciente el autor de que el tiempo no pasa en vano y que esta recopilación es producto de otras etapas, llamó a su volumen *Mies tardía.*

También de este volumen elegiría yo tres narraciones, como mejores y más representativas: "Fuente cegada", sobre una vida tronchada psicológicamente, trágicamente fracasada al ser víctima de doble violencia por unos forajidos; es una novela corta, la de más alcance por las dimensiones de su acción y de su

[1] Las referencias bibliográficas completas, de las obras de Fernández Mac Gregor citadas en este discurso, van en el Apéndice I.

protagonista. "Diorama" es una escena, una estampa de la revolución, construida con tanta fuerza como economía de trazos. En esas dos narraciones hay una aguda condenación de la barbarie, la violencia y los crímenes a favor o so pretexto de la guerra civil. Finalmente, el relato que cierra el volumen: "Como civilizado", que es de carácter exclusivamente psicológico, finamente llevado y limpiamente narrado; no tiene fecha, considero que debe de haber sido escrito en la madurez de su autor.

En las 17 narraciones de Fernández Mac Gregor se encuentran reflejos de las varias corrientes literarias que, sin duda, fueron los de sus propias lecturas: el realismo, el modernismo, la novela de ideas a lo Anatole France, la novela psicológica en sus formas primeras, es decir los caracteres vistos en Stendhal y Balzac, no en Joyce ni Proust. El lenguaje usado es muy variable, tanto seguramente por las épocas tan distantes en que fueron escritos esos relatos como por el contenido, ambiente y carácter de cada uno de ellos.

Un análisis de la forma literaria sería aquí improcedente, por extenso. Sólo a título de referencia diré que se encuentran algunos galicismos, como hablar de un rostro "emaciado";[2] ciertos latinismos como cuando dice, por ejemplo: "un *acúleo* dudar habíasele encajado en el corazón",[3] castellanizando y adjetivando el substantivo latino *aculeus* (aguijón), y en otro lugar dice: "el *enobarbo* vino a sentarse a su

[2] *Mies tardía*, p. 125.

[3] *Novelas triviales*, p. 13.

mesa",[4] que es vocablo propiamente latino, salvo la ortografía que ha sido castellanizada. Páginas tales como las citadas son raras; generalmente el lenguaje es correcto, escaso el empleo de metáforas y muy variable el de imágenes (pienso que son más frecuentes en sus escritos de juventud, pero no me atrevo a afirmarlo por la carencia de fechas en ellos), gusta de la precisión y a veces, como toques de elegancia y conocimiento del idioma, usa de vocablos poco frecuentes, como cuando dice de un cuñado de Herodes el Grande que "se ahogó en una piscina donde jugueteaba con sus bardajes..."[5] Por último, acerca de este punto, citaré un párrafo de sus primeros cuentos, que me parece característicamente modernista (modalidad que pronto abandonó): "La tarde es el raso. Vésper rutila solitaria en el ocaso de amatista. Las campiñas circundantes se asoporan, y parece que el silencio, gran pájaro que pliega sus alas de flojel ha anidado en las redondas copas de los olivos..."[6]

Hace poco más de diez años y cumpliendo un encargo de esta Academia, fué don Genaro Fernández Mac Gregor, con don Alejandro Quijano y don Rubén Romero a España y luego, por cuenta propia visitó con mucha rapidez Londres y París, y con mayor detenimiento varias ciudades de Italia. Los apuntes de sus observaciones y reflexiones los reunió y dio a la estampa con el título de *Notas de un viaje extemporáneo*. Aparte de la misión aludida, el propósito

[4] *Mies tardía*, p. 26.
[5] *Op. cit.*, p. 261.
[6] *Novelas triviales*, p. 37.

de tal viaje, como él mismo lo dice en página preludial, fue "admirar obras de arte". ¿Qué vio y cómo lo vio? Sólo la lectura de esas más de quinientas páginas pueden responder rigurosamente a esa pregunta, y va de suyo que ni a grandes trazos podría aquí resumir lo que allí se dice.

En el Museo del Prado dedica su atención al Greco, a Velázquez y a Goya. Acerca del Greco reproduce datos, habla de él y de su pintura pero no hay, propiamente, juicio sobre ésta, aunque sí admiración. A Velázquez lo ve mejor, lo siente más y con profundidad; de las Meninas dice: "Casi no hay acción en el cuadro, y sin embargo, está impregnado de vitalidad... Es la eternización de los detalles minúsculos de lo cotidiano..." y luego, del pintor: "el artista ha descubierto la materia que es una, diferenciada sólo por concentraciones. Los cuerpos todos son materia y están en el aire y en la luz, que materia son idénticamente. Parece que Velázquez, con intuición genial se adelanta a la física moderna, que refiere todo a una Energía, que toma diversos aspectos de acuerdo con los respectivos pasos atómicos."

Esa idea de la unidad de la materia, de la materia-energía y principios de la física de los cuanta, preocupaban hondamente a Fernández Mac Gregor de tiempo atrás, como se ve claramente en un estudio, que por desgracia no hay tiempo de comentar ahora, que fue leído en esta Academia y luego publicado con el título de *El alma en el trasmundo dantesco.*

Cuando en el Museo del Prado se enfrenta con Goya se desconcierta, le parece un enigma y apunta "no es afín a mi modo el gran aragonés" aunque le

encanta su colorido, tanto en las obras de caballete como en los murales de San Antonio de la Florida, y el único punto en que se siente de acuerdo con Goya es cuando éste exhibe la guerra como "brutalidad pura".

En resumen, de los grandes españoles creo que puede afirmarse que al Greco lo admiró, pero yo diría que no lo *vio,* no lo *pudo ver*; a Velázquez sí lo vio, lo entendió, y lo gozó; Goya lo conmovió, casi diría que lo fascinó sin remedio pero sin vencer su disgusto.

En España, de sus grandes monumentos arquitectónicos lo que, sin duda, le conmovió más fue la Alhambra y el Generalife; a esa arquitectura morisca le encontró una "esencia musical" y por su múltiple belleza le produjo un encanto que le hizo dejarlas con verdadero pesar.

Tiempo después, y páginas adelante, en el frío húmedo y bajo el cielo gris y el hollín de París, apunta: "La perspectiva (del Louvre) es digna de una gran ciudad. Sin embargo, no me produjo emoción estética de ninguna clase. Hay allí espacio, orden, urbanidad, no lo que embarga ante la Alhambra . . . o ante las catedrales de Toledo o de Chartres . . ." [7]

Las visitas a lugares históricos también le conmovieron, al grado que a veces se tiene la impresión, al leer esas páginas, que al recorrer los salones de un palacio o las naves de una catedral lo que tenía ante sus ojos perdía importancia junto a los recuerdos de los hombres y los fastos históricos que el viajero evocaba. Importante es eso para conocer al autor de tales

[7] *Notas de un viaje extemporáneo,* p. 304.

Notas; en el sentido de que, sin menospreciar la sensibilidad estética de don Genaro, creo que sobre ella predominaban su gran inquietud intelectual y su vasta cultura, de sentido acentuadamente histórico o historicista, amén de su personal idiosincrasia de hombre introverso y un poco soñador.

Visitó la casa de Lope de Vega con curiosidad, al pensar en las inmortales comedias que allí se escribieron "pero —dice— no me suscitó emoción de simpatía para el hombre, que no supo, que no intentó siquiera, igualar su vida con un alto pensamiento . . ." [8]

Y en Ávila, tras de muchas evocaciones históricas, hace una "meditación" sobre Santa Teresa, que concluye: "Al partir, iba meditando en nuestro mundo actual, dado por completo a la Materia. Sí, equilibrio entre los dos componentes de la persona humana es mi ideal; pero si ha de haber exageración de uno de ellos, que sea del lado del Espíritu, como en Santa Teresa". [9]

En París, al visitar la Sorbonne encuentra un gran mural que le impresiona: "el gran fresco de Puvis de Chavannes denominado el Bosque Sagrado. Bella composición de tonos transparentes, que crean un ambiente ideal en el que posan figuras femeninas neoclásicas, esbeltas y nobles, que simbolizan las ciencias. —Y prosigue—: siempre me ha gustado la manera de este pintor que, según Élie, logró en sus paisajes sintéticos, y con la sabia armonía de su pálida paleta, el más alto acuerdo entre la pintura viviente y

[8] *Op. cit.*, p. 156.
[9] *Ibid.*, p. 149.

el monumento ideal".[10] No puedo detenerme a comentar esos conceptos, para mi propósito es preferible, saltando sus páginas, pasar a su visión de la pintura de Rafael. "En la Sala XIII (de los Oficios, en Florencia) esplende Rafael, cuyo temperamento es tan equilibrado, tan exento de pasión, que a veces resulta insípido. Es, ya lo sé, lo perfecto en la pintura y, sin embargo, prefiero a maestros menos sabios o más incorrectos, pero que hablan directamente a la emoción."[11] Y un poco después: "Esta supresión del elemento dramático de la vida es lo que echo de menos en la obra del pintor" —y termina el párrafo con pensamientos característicos propios—: "La vida no es bondad y belleza solamente. Vivimos porque luchamos contra una infinidad de fuerzas que tienden a destruirnos espiritualmente y materialmente. Es más humano el que se lanza a la batalla aunque salga maltrecho, sobre todo si entra en ella con el propósito de superarse."[12]

Y por último, después que en Roma pudo ver y revisar los ejemplares máximos de su ideal de perfección, escribe esta frase sincera, reveladora tanto de su ineludible prejuicio de educación artística como de su auténtica capacidad de juicio: "Y bien ¿cuál es mi sentimiento definitivo sobre el arte de Rafael? En Florencia me emplacé a mí mismo para Roma, con el objetivo de decidirlo. La verdad es que sigo admirándolo intelectualmente, sin entusiasmo."[13]

[10] *Ibid.*, p. 343.
[11] *Ibid.*, 423.
[12] *Ibid.*, pp. 431-432.
[13] *Ibid.*, p. 486.

El barroco, no le gustó nunca y cuando es extremado, como en Bernini, le parece de mal gusto; sin embargo admiraba a Rubens. Los primitivos le entusiasman, sobre todo Fra Angelico pero más bien por su expresión religiosa, y es curioso que dos o tres veces la emoción del color la asimila a la de la música, así dice de Fra Angelico que "su dibujo simple y sus vivos colores transparentes tienen la armonía de un motete de Bach y que El Amor Sagrado y el Amor Profano de Ticiano... conmueve como la Sonata Primavera de Beethoven." [14] ¿Podría eso considerarse como un vestigio del simbolismo preponderante en la época formativa de su juventud?

En las últimas páginas del libro resume lo que considera frutos de su viaje: la experiencia de haber escapado de la rutina de la existencia, el haberse demostrado energía y capacidad para afrontar emergencias y sobreponerse al presentimiento que de su fin próximo le había dado una reciente y grave enfermedad, pero sobre todo, el goce y disfrute del personal conocimiento de esas manifestaciones excelsas de la cultura, a pesar de la angustia, repetidamente expuestas a lo largo del viaje, de que una guerra futura podría acabar con todo aquello y con la civilización que lo había producido. "Cierto que la inminencia de una catástrofe —escribe— sonaba siempre en sordina su bordón trágico, dando un tono sombrío a mis aleluyas. Pero ese estado de ánimo semejaba al de los griegos, que podían reir con Aristófanes, a pesar de los

[14] *Ibid.*, p. 506.

aldabonazos que daban las Moiras en las tragedias de Esquilo. . . "[15]

Es claro que muchas, muchísimas otras interesantes reflexiones se encontrará el lector de ese viaje, no quiero dejar de aludir, al menos, a las páginas brillantes y entusiastas dedicadas a Dante, pero una glosa exhaustiva sería imposible y por ello he tratado de seguir solamente y muy a grandes trazos, dos líneas: la del arte y la de los puntos más salientes que nos revelan la personalidad del autor.

La verdadera iniciación de Fernández Mac Gregor como escritor, al menos si hemos de atenernos a su bibliografía, no fue en el género narrativo (novelas, memorias) al que me he referido, sino el ensayo, si dentro de este apartado incluimos algunos breves estudios críticos.

En aquella benemérita serie de cuadernos de la editorial Cultura (hoy ya prácticamente desconocida por las generaciones posteriores a la mía), publicó don Genaro traducciones de Rémy de Gourmont y de Mark Twain, precedidas de sendos estudios. Del primero, figuran allí seis cuentos, dos capítulos de *Le chemin de velours*, el prefacio de *Le livre des masques* y dos capítulos del mismo, los dedicados a Camilo Mauclair y a los Goncourt. Como se ve, la selección procura mostrar diversos aspectos de la obra del autor original. De Mark Twain hay ocho de sus pequeñas obras; tres cuentos históricos, dos historias de niños, el divertido relato de un aspecto de la guerra de sece-

[15] *Ibid.*, p. 561.

sión y el poético "Diario de Eva" que Mac Gregor califica, justamente de "pequeña joya". Ambos prólogos dan una sucinta pero muy clara información de los autores a que se refiere y juicios acertados sobre la obra y el valor literario de los dos, que el prologuista demuestra conocer bien, a pesar de la complejidad de un espíritu tan polifacético y muchas veces contradictorio como fue el de Gourmont, que en su vasta obra cultivó todos los géneros y muchas especialidades, desde el latín medieval hasta la fisiología, la filosofía y la historia, más todas sus obras propiamente literarias y críticas. A Mark Twain lo señala como un idealista y un imaginativo lleno de la esencia de su país.

Años más tarde, en 1932, ya en plena madurez, Fernández Mac Gregor escribió un ensayo muy importante sobre el tema de Sor Juana Inés de la Cruz. En apariencia, o mejor dicho, en cuanto a su motivo o causa, se trata de un estudio crítico sobre el libro que un año antes publicó don Ezequiel A. Chávez con el largo, enredado y pretencioso título de *Ensayo de psicología de Sor Juana Inés de la Cruz y de estimación del sentido de su obra y de su vida para la historia de la cultura y de la formación de México.*

El estudio de Fernández Mac Gregor, titulado *La Santificación de Sor Juana Inés de la Cruz,* es un muy estimable ensayo en cuyo centenar y pico de páginas muchos juicios hay dignos de ser recogidos y comentados, no solamente respecto al libro de Ezequiel Chávez, sino sobre Sor Juana y sobre algunos de los personajes que de uno u otro modo influyeron en la vida de la monja jerónima; pero algunas de las páginas más importantes de ese valioso librito son aquellas en que

su autor, para explicar sus discrepancias de juicio con el de Chávez, expone con gran claridad mucho de lo más personal y profundo de sus ideas fundamentales, de su propia y personal filosofía: su imposibilidad de creer en una vida trascendente, porque almas como la suya "no pueden —dice— espontáneamente imaginar... un mundo mejor, en el que el Dolor no tenga cabida y que fuera presidido por una Suprema Bondad; ¿cómo obtendrían la conciencia de la realidad de ese mundo supranatural, si las fantasías son *of the same stuff that dreams are made of,* de la sustancia que tienen las ideas platónicas...? ¿Atribuir al Universo un infinito Propósito, tiene más verdad que la que tiene proyectar en la bóveda celeste fantasías de Oriones y de Cruces con salpicaduras de mundos? ¿No es el Sumo Amor sombra gigantesca tan sólo de nuestra inmensa lástima hacia nuestra desdicha, hacia todas las generaciones que nos precedieron y que nos seguirán? ¿Por qué ha de perdurar esta personalidad nuestra *animula, vagula, blandula,* que reside en un cerebro como el de bruto?" La Fe, dice con San Pablo, es sustancia de las cosas que se esperan y él no puede esperar que exista un mundo sin dolor, porque sería necesaria la despersonalización, pues si ésta persiste "poseeríamos pensamiento y sentimiento, es decir, dudas y anhelos, la inquietud entrañada por ambas cosas, siempre el Dolor". Pero esa falta de trascendentalismo no impide "experimentar bondad hacia todo lo que alienta —dice— como mota que se es del mismo barro". Él cree en una Energía Inicial y afirma que este panenergismo es el mayor vuelo que puede tener la mente. El hombre que lo adopta acepta el Universo

por necesidad, de un modo frío, pero firme, como el estoico. Sabedor de que la Energía Universal es ciega, trata de superarla, superándose, durante el instantáneo transcurso de su vida, y aspira al aniquilamiento, al anonadamiento final, como única cura para el Mal. Llega a formular esta ecuación: "el Ser es el Mal. La Muerte, pues, trae la solución del problema individual... no hay que alimentar la trágica duda de Hamlet: "*To die, to sleep; to sleep: perchance to dream...*" Y concluye: "No; sueño sin sueños, como sin sueños fue para nosotros el tiempo anterior a nacer. ¡Sin sueños, sin sufrimiento, sin nada! La completa, la eterna quietud, de que se tiene pregusto cuando se extinguen las capas centrales de la conciencia, en los limbos piadosos de la profunda sombra nocturna..." [16]

Sin temor de equivocarme creo que fueron aquellas cuidadosas lecturas que hizo de Rémy de Gourmont, las que inspiraron a Fernández MacGregor la serie de semblanzas de muchos de sus contemporáneos, y el haber reunido algunas de ellas bajo el nombre de *Carátulas* demuestra la influencia del autor de los dos *Libros de las Máscaras.*

Los personajes que figuran en *Carátulas* son: Antonio Caso, Enrique González Martínez, Rafael López, José Vasconcelos, Luis G. Urbina, Alfredo Ramos Martínez, Ramón López Velarde, R. C., Manuel Puga y Acal, José Gómez Ugarte con su *nom de plume* El abate Benigno, Artemio de Valle Arizpe, Alfonso

[16] *La Santificación de Sor Juana,* pp. 31-37.

Cravioto, José Manuel Puig Casauranc y Salvador Díaz Mirón.

Todos esos capítulos, salvo el último, son más semblanzas que estudios; quiero decir que se trata, esencialmente, de apreciaciones que el autor hace sobre el personaje, su obra total o uno de sus libros, refiriéndose a los rasgos físicos de aquél o a sus cualidades o a sus características, todo ello con gran libertad y sin plan preconcebido, frecuentemente con alusiones a recuerdos de sus tiempos juveniles, pues con muchos de los allí retratados tuvo amistad más o menos cercana y a veces de largos años atrás.

En cambio, cuando Fernández Mac Gregor quiere tratar de una personalidad en plano más formal, adopta un tono más seco, sus notas son más objetivas y la organización de su ensayo más evidente.

Muchas observaciones interesantes podría hacer un lector de esas semblanzas; por ejemplo, me parece curiosa la admiración y la evidente simpatía que hay en la semblanza de Rafael López, pues no hubiera yo supuesto que dos personalidades tan diferentes congeniaran de tal modo. El capítulo sobre Luis G. Urbina contiene toda una serie de apreciaciones de lo más acertado, presentadas con una extremada discreción. La figura de Manuel Puga y Acal toma vida, y en las páginas destinadas a Cravioto no solamente vemos la figura de ese poeta y referencias críticas de su obra, sino que también encontramos recuerdos y nombres del grupo de jóvenes escritores que hicieron la revista "Savia Moderna" que, como dice Mac Gregor, "engen-

dró el *Ateneo de la Juventud* que es piedra miliar en nuestra literatura". [17]

Es probable que a los lectores actuales del libro que comento produzca extrañeza y curiosidad encontrar, a la mitad de la lista de nombres que he mencionado, ese capítulo encabezado por sólo dos iniciales: "R.C." que se repiten varias veces sustituyendo al nombre, y será inevitable que la mayor parte de ellos (salvo algún erudito que encuentre pronto la clave) pregunte quién era ese escritor, al que con tanto afecto y evidente amistad se refiere Mac Gregor, siempre de un modo críptico, aludiendo a su vida descentrada y dramática, a su "Verleniano arrepentirse de la cotidiana incuria, para recaer en ella", a su obra en que encuentra recuerdos lejanos de Díaz Mirón, su "gramática absolutamente heterodoja" su sensibilidad y su imaginación. Yo creo que no es por demás revelar ese pequeño misterio: desde la primera lectura de esas páginas supuse y lo he confirmado con un fidedigno testimonio (el del doctor Justino Fernández), que se trata del poeta Rafael Cuevas, cuya breve obra hoy se olvida, sin justicia, como tantas otras cosas que están esperando el recuento y análisis de los valores de nuestras letras.

El capítulo relativo a Díaz Mirón difiere de las semblanzas precedentes, pues es un estudio de cien páginas, dividido en varias partes; se trata fundamentalmente de una etopeya, pero la obra poética está largamente examinada, y sobre ella se hace una crítica cuidadosa. Es un estudio que no debe olvidarse en la

[17] *Carátulas*, p. 152.

vasta bibliografía de las obras que se han escrito sobre el poeta que es una de las más altas cimas de la poesía en lengua española.

En este mismo campo de ensayos críticos Fernández Mac Gregor escribió muchos, como parte de su vasta y constante colaboración en periódicos y revistas, otros que fueron leídos en sesiones de esta Academia y figuran en los de sus *Memorias*.

Sólo a dos de ellos voy a referirme, consagrados a sendas personalidades de las letras y la diplomacia, y no está de más apuntar aquí que, para honra de nuestro país, desde los primeros años de su vida independiente hasta la fecha, el cuerpo diplomático mexicano ha dado franca acogida y se ha visto enaltecido por una larga serie de hombres de letras.

El primero de aquellos ensayos fue dedicado a don Genaro Estrada. Con sus datos biográficos da una certera y simpática descripción: dice que "era más bien un tipo de cardenal romano del quinientos; un orondo prelado de los que sabían exprimir de la vid los más exquisitos jugos; un amante de la cultura en todas sus manifestaciones. . ." Lo recuerda como bibliófilo y coleccionista, mas no sólo para deleite privado pues él fundó aquella serie de Monografías Bibliográficas Mexicanas de la Secretaría de Relaciones Exteriores, a la que tras larga pausa yo logré reanimar, brevemente, hace quince años y hoy parece definitivamente extinguida; pero, en cambio, vive la serie del Archivo Histórico Diplomático, también creación de Estrada.

Genaro Estrada tenía —dice Mac Gregor— "don de organizar; era laboriosísimo, sobre todo, probo, y por añadidura poseía valor civil". Pero ni todas esas

cualidades explican cómo pudo lograr los altos cargos que ocupó tan conectados con la política, como lo es, con sus particulares condiciones, todo cargo diplomático, considerando que en su tiempo la agresión era un activo factor político.

Recuerda Mac Gregor la irónica definición de Paul Valéry: "La política fue al principio el arte de impedir a las gentes inmiscuirse en aquello que les importa; después abarcó también el arte de obligar a las gentes a decidir sobre lo que no entienden." [18] Y con Keyserling juzga que en la política es esencial la mala fe, seducción, dolo y defensa de intereses personales. A eso había que añadir, en este caso, toda la violencia, la rapacidad, la brutalidad y otras características similares que adornaban al medio político mexicano al día siguiente de la revolución, cuando los caudillos completaban sus laureles en Tlaxcalantongo, Huitzilac y otros muchos sitios de fraternal exterminio.

¿Cómo pudo un hombre probo y culto como Genaro Estrada vivir entre las fieras? Mac Gregor dice que Estrada se insertó en el medio político sin amoldarse a él, estableciendo entre sí y los demás cierta distancia, utilizando, en primer lugar, su saber, un conocimiento exacto de los hombres y de los hechos (a veces preguntando a quema ropa fechas y datos precisos), o si le era imposible, haciendo cierta comedia de enterado y sobreentendido, de esfinge sin secreto; utilizaba también la reacción del chiste, "aspecto muy mexicano", lo cómico y el "humour"; mucho la cortesía, pues "Estrada practicaba la urba-

[18] Valéry, citado por Mac Gregor en *Genaro Estrada*, p. 12.

nidad a maravilla, como un mandarín chino... por eso fue hábil diplomático", [19] y el rasgo saliente de su personalidad era la tendencia de verlo todo como juego, lo cual, en su grado idóneo creo que es esencial en la diplomacia: ver las circunstancias como un juego pero sabiendo las reglas y, como en el ajedrez, previendo el juego propio y el del contrario.

De esa manera *lúdicra* —digámoslo así, con el latinismo que no disgustaría a Fernández Mac Gregor— hay, naturalmente, reflejos en la obra de Genaro Estrada que, dice su comentarista: "Conserva el carácter de escarceo, de ingravidez, de todo lo suyo." Esa obra se compone de su poesía, de sus temas de arte colonial en el *Visionario de la Nueva España* y de su novela *Pero Galín,* que Mac Gregor califica con acierto de "ensayos humorísticos sobre temas del coloniaje, unidos por la presentación de un tipo colonialista". "Parece, dice, que Estrada procuró la catarsis de su propia inclinación, aplicándose la autocrítica... Porque Estrada-Galín fue, hasta exhalar su último aliento, colonialista, bibliógrafo, chacharero, coleccionista." [20] En ese tono, un poco desenfadado, cordial y amistoso, se desenvuelve esta magnífica semblanza llena de observaciones y juicios interesantes.

En cambio, el otro de estos ensayos, titulado *Federico Gamboa como diplomático,* es de tono más serio, allí todo está examinado con un agudo sentido histórico y crítico, no es puro elogio sino acendrada valoración.

[19] *Genaro Estrada,* p. 17.
[20] *Op. cit.,* p. 20.

Los juicios sobre el *Diario,* de Gamboa, son certeros y, con pleno conocimiento de causa, afirma que "quien lea sólo el *Diario* mal podrá conocer a su autor como hombre y como literato, si no leyere sus libros propiamente novelescos y si, sobre todo, no lo hubiera tratado directamente, gozando de su acogedora urbanidad, de su campechana franqueza, de su simpatía, de su hidalga conversación, interesante y colorida". [21]

Hace luego un buen resumen, preciso, selecto, atinado y muy vivo, de la carrera diplomática de Gamboa: sus momentos de peligro y de gran responsabilidad en la Guatemala del dictador Estrada Cabrera; su defensa de México en Estados Unidos; el grave incidente con Henry Lane Wilson por el rescate del Presidente Zelaya; su actuación al frente de la Secretaría de Relaciones Exteriores; su caída y la injusticia de los gobiernos posteriores que, como siempre, mantienen vivos los mezquinos rencores de las divergencias políticas y olvidan los méritos de una vida dedicada a servir a la patria.

Ese ensayo no sólo es importante por lo que de Gamboa nos enseña, que es mucho, sino por las muy interesantes ideas propias que Fernández Mac Gregor nos muestra, sobre la política interior y exterior de México, especialmente en las relaciones con los Estados Unidos. Así, cuando muere el que fuera jefe de nuestra Cancillería por tantos años, dice Mac Gregor: "Toca a Gamboa... rendir el último tributo a toda una época diplomática, en la persona de don Ignacio Mariscal, amigo del Caudillo, Constituyente de 1856,

[21] *Federico Gamboa...*, p. 33.

liberal, anti imperialista, cuyo empeño fue que México figurara honorablemente en el concierto de las naciones civilizadas... Él había administrado la política internacional de acercamiento a Europa y «desorbitación» respecto a Estados Unidos, a los que hay que distribuir siempre justicia estricta y cortés. Antes y después de él, se ha invertido esta fórmula, con cuán funestas consecuencias todos lo sabemos." [22]

Cuando, por el azar político, recayó en don Federico la Secretaría de Relaciones, tuvo una pesada tarea que desempeñó con habilidad, eficacia y valor, que don Genaro elogia expresando su propio pensamiento: "Gamboa, ya como Canciller de aquel efímero y torvo gobierno, se enfrentó con una situación internacional dificilísima: los Estados Unidos, siempre monroístas, se habían arrogado la facultad de decidir de los destinos interiores de nuestra patria... Un mexicano —pensaría Gamboa—, no debe distinguir si por lo que el yanqui interviene es para aplacar una guerra civil. Intervención es, de todos modos, sojuzgamiento, insulto a la soberanía patria, que no reside en un bando o en otro, sino en la nación entera como entidad. Así contestó a las gestiones de Mr. John Lind, enviado confidencial del Presidente Wilson, en dos notas que ponen muy alto al honor mexicano, ante las exigencias del vecino poderoso..." [23]

No es posible, desde luego, examinar aquí tales notas, y ni siquiera insistir en la actuación de Gamboa. Sólo he pretendido señalar algo de lo mucho interesante de ese estudio de Fernández Mac Gregor que es,

[22] *Op. cit.*, p. 45.
[23] *Ibid.*, p. 48.

sin duda, uno de los mejores que produjo: con suficiencia y claridad lleva al lector a los puntos esenciales de lo que dice y quiere decir. Combina allí, como en la semblanza de Genaro Estrada y en otras, pero acaso mejor que en todas, los dos aspectos que le eran preferidos. Uno es el tratamiento directo del personaje que estudia, como lo había iniciado y practicado en las "carátulas": descripciones e impresiones de la personalidad física y psicológica, con mezcla de biografía y datos históricos; el otro aspecto es la referencia a temas o asuntos ligados o pertenecientes a la historia de México, especialmente a la historia diplomática.

Esa modalidad, que participa de la biografía, la historia, la crítica y combina esas formas con el ensayo literario, fue larga y brillantemente cultivada por don Genaro Fernández Mac Gregor.

Es lógico que sus mejores semblanzas se encuentren cuando sus personajes son diplomáticos de valía, porque la diplomacia y el Derecho Internacional Público eran el campo mejor conocido por Fernández Mac Gregor.

En 1919 fundó y organizó la *Revista Mexicana de Derecho Internacional* y la dirigió durante los cuatro años que esa publicación pudo vivir. Para ella escribió estudios de derecho constitucional e internacional, tales como el examen del artículo 27 de la Constitución en relación con los tratados celebrados con algunas naciones extranjeras, la nacionalidad en la Constitución de 1917, la procedencia del Amparo

durante el procedimiento para la extradición de criminales, un estudio extenso sobre "México y la Doctrina Monroe", dos análisis sobre la V Conferencia Panamericana, un par de estudios en que, con seria argumentación y no poca agresividad, combate la insolente actitud del Senado de los Estados Unidos hacia nuestro país: hacía tiempo que las relaciones diplomáticas estaban rotas, los Estados Unidos, como siempre, habían cometido una serie de atropellos contra México y en la fecha citada un subcomité senatorial se arrogaba facultades de tribunal para juzgar, por sí y ante sí, las condiciones que México debía cumplir para que su gobierno fuese reconocido por el de los Estados Unidos, condiciones que oscilaban desde las indemnizaciones por los daños a consecuencia de nuestra guerra civil, hasta la reforma de diversas leyes y de la propia Constitución para dar a los ciudadanos o a los intereses norteamericanos en México exenciones y privilegios en forma tal que, en diciembre de 1920, Fernández Mac Gregor escribía diciendo que "es preciso que el mundo civilizado conozca ese fárrago gigantesco, ese monumento piramidal de odio y de mala intención . . ." [24]

Durante largos años Mac Gregor colaboró semanalmente en un diario capitalino. Sus temas casi siempre eran conexos a la historia de nuestro país, ya porque tratasen de alguna personalidad o algún suceso notable, ya porque se refirieren a ideas o principios de gran influencia histórica, y era frecuente que, en una o en otra forma el asunto estuviera enfocado en

[24] "Los senadores Fall... etcétera", en *Rev. Mexicana de Derecho Internacional*, t. II, núm. 4, dic. de 1920.

cuanto se relacionara con sus aspectos internacionales que, naturalmente, casi siempre han sido problemas con nuestro inmediato vecino del Norte. Esos artículos a veces forman pequeñas series y en tales casos vienen a ser estudios monográficos de los asuntos de que tratan; por eso sería muy deseable que, así como el propio autor recogió algunos de ellos en los dos libros de que hablaré luego, otros más fuesen salvados del inevitable olvido que cae sobre lo publicado únicamente en periódicos, siempre de difícil y penosa consulta cuando ha pasado su fugaz misión de información cotidiana.

Ese completo y profundo conocimiento de la historia de las cuestiones entre nuestro país y otros Estados se muestra, una vez más, en el bueno y claro resumen, titulado *Las relaciones exteriores de México y el Derecho Internacional,* publicado en 1946, que comprende desde los primeros intentos del grupo insurgente de 1810 por tener contactos y ayudas internacionales, hasta el Acta de Chapultepec y la Declaración de México, cuando finalizaba la segunda guerra Mundial. [25]

En 1954 apareció *El Istmo de Tehuantepec y los Estados Unidos*, que en sus 14 capítulos da una relación documentada y siempre crítica de la cuestión que su título señala, desde sus lejanos antecedentes en el Congreso de Panamá, hasta el Tratado de Límites de 1853, cuyo artículo 8º daba a los Estados Unidos paso franco ilimitado por el Istmo de Tehuantepec y facultad para "impartir protección" a las proyecta-

[25] "Las relaciones exteriores..." en *México y la Cultura.*

das obras de comunicación en esa parte de nuestro territorio. Pareció todavía insuficiente al gobierno americano lo obtenido y estuvieron a punto de mayores exacciones de las que nos salvó, muy oportunamente el estallido de la guerra civil en aquel país, pero no sin la mancha de aquellas turbias negociaciones auspiciadas por los prohombres del juarismo en el poder. Porque lo cierto es que, a lo largo de siglo y medio de nuestra historia, no ha dejado de haber mexicanos que para lograr el poder o para mendigar dólares y negocios han contribuido a traficar con la soberanía, la dignidad o el decoro de la patria. En lo que al Istmo respecta, afortunadamente el Tratado firmado en Washington el 13 de abril de 1937 declaró abrogado aquel artículo 8º del Tratado de 1853.

El otro volumen, a que antes aludí, vio la luz en 1960 bajo el título *En la era de la mala vecindad*. En su Advertencia dice el autor: "En estas páginas que no forman un libro, en el sentido ideológico de la palabra, he reunido unas notas que quizá servirán de base para escribirlo. Pero como el tiempo me apremia y creo que no llegaría a realizar ese objeto, me resigno a publicar mis apuntes, con la esperanza de que alguien los complete y les dé forma."

Don Genaro sentía próximo el fin y sus frases resultaron premonitorias: apenas había visto y corregido las pruebas de imprenta de ese volumen, murió a fines del año de 1959.

En cuatro partes puede dividirse el contenido de sus cuatrocientas páginas: la primera se refiere a puntos relativos a la llamada "Venta de la Mesilla", desig-

nación ya consagrada pero falsa, porque la verdad es que el valle de la Mesilla, próximo a la ciudad de El Paso, Texas, fue sólo parte mínima de lo enajenado por el Tratado de Límites de 1853, por el cual perdimos el territorio de más de cien mil kilómetros cuadrados, situado entre la margen Sur del río Gila (límite según el Tratado de 1848) y la actual frontera, al norte de los Estados de Chihuahua y Sonora. Otra parte se denomina "Expediciones filibusteras": son las de Walker, del Conde Raousset-Boulbon, de Zerman y de Crabb. En algo menos de cien páginas hace, luego, un buen estudio de "La última aventura de Su Alteza Serenísima", muy bien escrito, menos formalista y más fluido que las dos otras partes mencionadas; con juicios, como siempre en ese autor, muy sensatos y ponderados. La cuarta parte, "Personajes y asuntos relacionados con México", comprende capítulos diversos, con el denominador común citado, y terminan con el de "Mr. James K. Polk, el mal vecino".

Es cierto que los asuntos de que trata dicho libro no tienen la organización redonda y el tratamiento completo, como su estudio del *Istmo de Tehuantepec*, pero el autor extrema su modestia al darlos como meros apuntes y, aunque así fuera, altamente valiosos son, de todos modos.

Casi todos son temas en torno a la triste etapa "en que el imperialismo de los Estados Unidos estaba en su máximo y nosotros sufrimos las consecuencias", dice el autor, explicando así el título del volumen. No quiere, sin embargo, aparecer negativo y añade: "Afortunadamente la era de la mala vecindad ha

pasado. Hagamos votos porque ese estado perdure". [26] Sinceramente yo no puedo hacer mía tan optimista convicción pero sí me uno ardientemente al deseo de que mi patria no vuelva a padecer desgarramientos tales.

Toda esa producción del autor tuvo por base una vasta labor personal al servicio de México:

Graduado en 1907, el licenciado don Genaro Fernández Mac Gregor ingresó en 1912 a la Secretaría de Relaciones Exteriores, en calidad de Director de Asuntos Internacionales; año y medio después fue designado Oficial Mayor, cargo que desempeñó siete u ocho meses. En 1920 reingresó al Servicio como Consejero de nuestra Embajada en Estados Unidos, transitoriamente, y luego como Abogado Consultor, desempeñando varias comisiones, entre otras la de Delegado a la Conferencia de Derecho Internacional Privado, que se efectuó en Buenos Aires en 1922, regresando a su puesto de Abogado Consultor. En 1924 se le designó Comisionado Mexicano en la Comisión General de Relaciones entre México y los Estados Unidos y figuró como Miembro del Tribunal de Arbitraje Permanente de la Haya.

Ciertamente, después del asesinato del Presidente Madero, siguió prestando sus servicios al gobierno en el poder, pero eso no fue óbice para que don Venustiano Carranza, el propio vencedor de Huerta, acordara el 8 de octubre de 1918 que se le cubrieran al licenciado Fernández Mac Gregor ciertos sueldos que se le debían en la Secretaría de Relaciones Exteriores

[26] *En la era de la mala vecindad*, p. 5.

y en la Escuela de Jurisprudencia. Más tarde, como he dicho, desempeñó los puestos mencionados durante las sucesivas administraciones de Obregón, Calles, Portes Gil, Ortíz Rubio y Rodríguez, y en cada cambio, como es usual en los cargos de confianza, había presentado sucesivas renuncias que invariablemente fueron no aceptadas. Pero a fines de 1935 el Presidente Cárdenas, que tan poco acierto demostró en la selección de varios de sus colaboradores, nombró Secretario de Relaciones a Eduardo Hay, individuo que ni por sus títulos (Ingeniero y General), ni por sus antecedentes, podía considerarse idóneo para cargo del que ignoraba sus funciones y el personal que las desempeñaba; ese improvisado canciller, con un seco formulismo, dio las gracias por sus servicios a don Genaro Fernández Mac Gregor, prescindiendo así de un colaborador que tenía más de veinte años de labor eficientísima, larga experiencia y grandes conocimientos en cuestiones internacionales, que había hecho en la Comisión de Reclamaciones una labor altamente provechosa para su país y para la consecución y cumplimiento del Derecho, que es una de las glorias más altas y puras que puede obtener un hombre de nuestra civilización, cuyas raíces nutricias se hunden en los viejos limos del pensamiento griego y de los principios jurídicos elaborados por el genio del pueblo romano.

Además de su labor como internacionalista, el licenciado Fernández Mac Gregor desempeñó cátedras diversas, principalmente las de Derecho Internacional Público y Privado, fue Rector de la Universidad Na-

cional de México y obtuvo distinciones y honores que sería ocioso enumerar ahora.

Altos méritos fueron, pues, los de aquel varón probo, caballero intachable, que nos dejó páginas muy estimables que enriquecen las letras mexicanas y un claro ejemplo de fiel y eficaz servicio a la patria y a los ideales del humanismo y de la justicia.

Por eso, como ya en otra ocasión parecida se ha dicho, yo con mayor motivo lo repito diciendo: al ocupar este sitio yo sucedo a don Genaro Fernández Mac Gregor, no lo sustituyo.

Muchas gracias.

José Rojas Garcidueñas